



¿Qué pues tendremos?

[Audio del Sermón](#)

Marcos 10.17–31 (RVR60)

El joven rico

(Mt. 19.16–30; Lc. 18.18–30)

¹⁷Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? ¹⁸Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. ¹⁹Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. ²⁰El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. ²¹Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. ²²Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. ²³Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁴Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! ²⁵Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. ²⁶Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? ²⁷Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios. ²⁸Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. ²⁹Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, ³⁰que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. ³¹Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.

17. Y cuando [Jesús] salía para seguir su camino, un hombre vino corriendo, cayó de rodillas ante él, y le preguntaba, “Maestro bueno, ¿que haré para heredar la vida eterna?”.

Bien pudo haber sido que Jesús y los Doce (véase v. 23) siguieran su camino desde la misma casa mencionada en 10:10. El Evangelio de Marcos deja la impresión de que el suceso registrado en los versículos 17–31 ocurrió inmediatamente, o casi de inmediato, después de haber dispensado las bendiciones a los niños. Si así es, entonces la secuencia *matrimonio, niños, y bienes materiales*, forma una cadena muy natural y notable.

En el momento en que el pequeño grupo salía, alguien corrió—o se apresuró—hacia Jesús. De forma menos espectacular, Mateo dice “vino uno y le dijo”. Al desconocido que hizo esto, Mateo lo llama un *joven* (19:20), Lucas un *hombre principal* (*dirigente* Lc. 18:18), y

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

todos le describen como una *persona muy rica*, alguien que tenía muchas posesiones (Mt. 19:22; Mr. 10:22; Lc. 18:23). Es por esto que generalmente se le aplica el título compuesto de “joven rico y principal”. Era probablemente uno de los oficiales a cargo de la sinagoga local.

En cuanto a la acción del dirigente, el relato de Marcos es el más intenso de los Sinópticos. Según su versión, este joven no sólo corrió hacia Jesús, sino que además cayó de rodillas ante él (cf. el leproso, 1:40) y le hizo una pregunta. Hay que tener en cuenta su crítico estado emocional, que es evidente por el hecho de llegar corriendo y caer de rodillas. Jadeando, hizo la pregunta que perturbaba su mente y corazón. Llamó a Jesús “Maestro bueno”, si bien Mateo lo abrevia diciendo “Maestro”. Como la forma de dirigirse a Jesús está íntimamente ligada a la respuesta (v. 18), por el momento no añadiré más comentarios acerca de esto. El joven continúa, “... ¿qué haré para heredar la vida eterna?”

El presente pasaje y el versículo 30 (cf. Mt. 19:16, 29; Lc. 18:18, 30, pero véase también, en un contexto diferente, Lc. 10:25) son los únicos donde Marcos hace uso del término completo “vida eterna”. Es el mismo término que el apóstol Juan usa una y otra vez (Jn. 3:15, 16, 36, etc.). Sin embargo, la palabra “vida” aparece en Marcos 9:43, 45, probablemente más o menos en el mismo sentido que “vida eterna”. Por tanto, en cuanto al significado de este término en la enseñanza de Jesús, véase más arriba sobre estos pasajes de Marcos 9.

No obstante, sería erróneo asumir que el joven rico usa la expresión “vida eterna” con la misma plenitud de significado que tiene en la enseñanza de Cristo. No sabemos exactamente qué quiso significar el interesado inquiridor. A fin de descubrir lo que puede haber significado para él, debemos tener presente que con toda seguridad había sido instruido por los escribas fariseos. Entre ellos los bien informados sabían que la expresión “vida eterna” tenía su origen en lo que nosotros llamamos ahora el Antiguo Testamento. Daniel 12:2 la menciona en relación con la resurrección de los fieles hijos de Dios: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”. Y para dar un solo ejemplo de la literatura apócrifa, 2 Macabeos 7:9 declara, “El rey del mundo ... nos resucitará a una vida eterna”. En consecuencia, puede darse por sentado que para los que conocían bien la literatura religiosa de los judíos la “vida eterna” estaba asociada con la resurrección. Así pues, la pregunta del joven rico podría parafrasearse como sigue, “¿Qué haré a fin de llegar a ser participante de la salvación al fin del mundo?”. Junto con esto, también quería saber con seguridad inmediata que estaba andando en la dirección correcta hacia ese destino final. Por el momento al menos, parecía dispuesto a hacer casi cualquier cosa que fuese necesaria para alcanzar dicha meta. Deseaba paz del alma para el presente y bienaventuranza sin fin para el futuro.

Es ahora el momento de volver a considerar la forma en que este joven rico inicia la conversación. Ya se mencionó que llamó a Jesús “Maestro bueno”. La designación “Maestro” (cf. 4:38; 5:35; 9:17, 38; 10:20, 35; 12:14, 19, 32; 13:1; 14:14) era totalmente correcta (véase más arriba, sobre 4:38b, incluyendo la nota 172). Jesús era y es el Maestro (Mt. 26:55; Mr. 14:49; Lc. 11:1; Jn. 3:2; 7:35; Hch. 1:1). Hasta cierto punto, incluso sus enemigos reconocían este hecho (Mt. 22:16). Era ciertamente el Profeta enviado de Dios (véase también CNT sobre Mateo, pp. 92, 93).

Sin embargo, según el relato de Marcos, el entusiasta inquiridor califica el título y llama a Jesús “Maestro bueno”. Por supuesto, esto también era cierto, pero evidentemente no en el sentido que lo entendía el joven. Al menos, como se verá a continuación, a Jesús no le satisfizo de ninguna manera la forma en que el joven se le dirigió.

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

18. Jesús le dijo, “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Uno, Dios”. ¿Está negando Jesús su bondad y deidad por medio de esta declaración? ¿Quiso decir Jesús que el joven no debió haberlo llamado *bueno*, puesto que sólo Dios es bueno? ¿Está implícita la idea: “Yo no soy Dios; por tanto no soy bueno”? Muchos han interpretado así la respuesta de Cristo y han concluido—con pequeñas variaciones—que Jesús está aquí trazando “un contraste tácito entre la bondad absoluta de Dios y su propia bondad sujeta a crecimiento y prueba en las circunstancias de la encarnación”. Se recordará que la declaración inicial del relato de Mateo es diferente. Este evangelista escribe como sigue: “Y he aquí, un hombre vino a él y preguntó, ‘Maestro, ¿qué cosa buena debo hacer para poseer vida eterna?’ Le respondió, ‘¿Por qué me preguntas acerca de lo que es bueno? Uno hay que es bueno, y si tú quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos’ ” (19:16, 17, mi traducción).

En opinión de muchos, esto significa que por razones doctrinales Mateo suavizó la declaración de Marcos.

Sin embargo, en modo alguno hay acuerdo sobre este punto. Mi opinión concuerda con los que dicen:

“Jesús realmente quiso decir: No concibes la bondad de forma adecuada al tratarme tan livianamente de Maestro bueno. Si deseas contemplar la bondad, debes pensar en Dios, el único bueno, y en guardar sus mandamientos”.

“La preocupación de Jesús no es glorificarse a sí mismo sino a Dios: no se trata de dar enseñanzas acerca de su propia persona, sino de dar a conocer la voluntad revelada de Dios como única receta perfecta para agradar a Dios”.

“Cristo quiere que este joven comprenda su respuesta así: No me atribuyas livianamente—es decir, sin saber con quién hablas—lo que sólo a Dios pertenece”.

“Jesús indica que el uso inadvertido de la palabra “bueno” al dirigirse a alguien a quien se considere un maestro humano, es una indicación de que el joven tenía una visión superficial acerca de la bondad”.

Jesús sabía que el joven rico, al dirigirse a él como “Maestro bueno”, lo hacía de forma muy superficial. Si este joven realmente hubiese creído de todo su corazón que Jesús era bueno en el más alto sentido del término, habría obedecido el mandamiento que el Señor estaba a punto de darle (véase vv. 21, 22). La misma superficialidad es evidente también por la alabanza que hace de sí mismo (v. 20). El Maestro sabía muy bien que si este angustiado inquiridor habría de ser salvo, debía confrontarse con la regla absoluta de la verdad, a saber, la *perfecta* ley promulgada por el *Ser Perfecto*: Dios. Esto explica la respuesta de Cristo.

Razones por las cuales acepto este punto de vista y no el otro:

a. La omisión que Mateo hace de la reflexión de Cristo acerca de la forma en que el joven rico se dirige a él, está en armonía con el hecho de que este evangelista, según se ha mostrado, abrevia constantemente. Mateo sabía que este punto particular, aunque importante, no era de extrema importancia. De modo que lo omite.

b. Si fuese verdad que por razones doctrinales, Mateo trataba de corregir a Marcos, ¿cómo se explica que Lucas, que probablemente fue el último de los tres en escribir un Evangelio, retuviese el pasaje de Marcos? Omitió aun más que Mateo, pero se preocupó de que, en sustancia, su versículo 19 fuese idéntico a Marcos 10:18.

c. Si fuese verdad que Marcos tenía un concepto más bajo que Mateo de la bondad y deidad de Jesús, eso también sería evidente en otras partes de Marcos. Sin embargo, a través de todo este Evangelio se enseña no sólo la inmaculada moralidad sino también la divinidad

de Jesús en el más alto sentido (véase más arriba, en Introducción III; también sobre 1:1; y CNT sobre Mateo, pp. 66–69). En realidad, aun en el presente relato, la cristología de Marcos es sin duda alguna muy elevada: Jesús es Aquel a quien los hombres deben rendir obediencia indiscutible, y por amor a quien han de estar dispuestos a dejarlo todo (vv. 21, 29).

En respuesta a la pregunta del joven rico "... ¿qué haré para heredar la vida eterna?", Jesús continúa ahora como sigue: **19. Sabes los mandamientos: No matarás, no comerás adulterio, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre.** No sabemos exactamente por qué los tres relatos colocan el quinto mandamiento ("honra a tu padre y a tu madre") al final de los mandamientos regulares del Decálogo. ¿Hubo alguna razón especial para que en este caso particular Jesús colocase este mandamiento al final mismo (a excepción del resumen de Mateo)? Tampoco sabemos por qué Jesús mencionó sólo los mandamientos de la segunda tabla. A las muchas suposiciones deseo añadir una más: Jesús no necesitaba incluir los mandamientos relacionados con los deberes del hombre respecto a Dios, porque el no obedecer la segunda tabla implica no obedecer la primera; "Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1 Jn. 4:20).

Según Marcos, al mencionar Jesús estos mandamientos incluyó también "no defraudarás". Este mandamiento no se toma del Decálogo sino que se deriva probablemente de pasajes tales como Lv. 19:13; Dt. 24:14, 15 (cf. Stg. 5:4). Me parece razonable la sugerencia de que este mandato representa al mandamiento "no codiciarás". Cuando alguien codicia los bienes ajenos, ¿no está acaso defraudando de corazón y mente a su prójimo en lo que le pertenece? Sin embargo, aunque razonable, esta interpretación no es del todo cierta. Los pasajes indicados (Lv. 19:13, etc.) se refieren al pecado de *retener* del obrero lo que le corresponde, es decir, se refieren al pecado de no pagarle (o pagarle menos de) su salario. Visto bajo esta luz, "no defraudarás" puede considerarse como una modificación de "no hurtarás". Como sea, no está claro por qué este mandamiento viene a continuación de "no dirás falso testimonio" en lugar de "no hurtarás".

Otra sugerencia más es que "no defraudarás" es el método de Marcos para reproducir el resumen de toda la segunda tabla de la ley (cf. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", Mt. 19:19). Así interpretado, el significado podría ser. "No le niegues a tu prójimo el amor que le debes".

Interpretado de cualquiera de estas formas, la idea básica sigue siendo que al joven rico se le recuerda que es necesario darle al prójimo, de corazón y hecho, todo lo que le corresponde. La pertinencia del mandamiento queda muy clara, si se tiene en cuenta que el joven en cuestión era un hombre muy rico, que probablemente empleaba a mucha gente y que, además, era una persona que se aferraba tenazmente a todas sus posesiones.

La orden tiene extensa aplicación en toda época. No sólo debemos reprimirnos de hurtar los bienes de otra persona; también hay que procurar no retener de nuestro prójimo lo que le corresponde; sea su reputación, salario, conocimiento del evangelio, seguridad de que sea amado, ayuda en tiempo de necesidad, etc. ¡indudablemente un gran mandamiento!

Es comprensible que al responder a la pregunta del joven, Jesús comience refiriéndose a la ley de Dios, pues "por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Ro. 3:20; cf. Gá. 3:24). Sin embargo, la ley no sólo nos hace conscientes de nuestro estado de pecado, sino que también es una norma de vida—o de "gratitud"—para los creyentes, recordándoles

constantemente sus deberes y sirviéndoles de guía mientras andan con gratitud por la senda de la salvación.

Pero la ley no podrá convencernos de pecados, si no discernimos su significado real, su profundidad, tal como Jesús la presentó en Mateo 5:21-48. La actitud de este joven hacia la ley era superficial, según se evidencia por su reacción: **20. “Maestro”, le dijo, “todas estas cosas las he guardado desde que era niño”.** Vemos que aquí la presunción superficial combate con el descontento profundo. El descontento emerge en las palabras añadidas por Mateo, “¿Qué más me falta?”. Este joven trata de convencerse a sí mismo de que todo anda bien; no obstante, por dentro está patéticamente perturbado. ¿Ha amado realmente a su prójimo como a sí mismo, y no ha defraudado a su prójimo reteniendo lo que propiamente le pertenece? ¿Por qué entonces esa falta de paz de mente y corazón que le impulsó a ir corriendo a Jesús con una pregunta que brota de la ansiedad? Es como si estuviera diciendo, “¿Qué otra buena obra debo hacer aún, además de las muchas que he hecho desde mi niñez?”.

La actitud del joven rico hacia la ley nos recuerda la de algunos que hoy día dicen: “Puesto que ahora soy una persona salva nada tengo ya que ver con la ley”. Ahora bien, indudablemente es cierto que una persona genuinamente regenerada y convertida está libre de la *maldición de la ley* (Gá. 3:13).

No obstante, ¿no es deber de la persona que ha sido salva por gracia volver a la ley día tras día, de modo que ésta le haga recordar más y más su naturaleza pecaminosa y dirigirle a Cristo para más fortaleza y seguridad? ¿No es ésta la lección de Romanos 7:7-25? ¿No debería ser ésta su confesión diaria:

“¿Miserable de mí! ¿quién me librerá
de este cuerpo de muerte? Gracias doy
a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”?

¿Y podrá algún día llegar a perder su vigencia la regla, “Amarás a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo? Sin duda es un canto inspirado, “Libre de la ley ...”. Pero seguidamente debe cantarse también “¡Oh! cuánto amo yo tu ley. Todo el día es ella mi meditación (Sal. 119:97). Si alguien piensa que Marcos 12:30, 31; Lucas 10:27 y Romanos 13:8-10 ya no son aplicables a los creyentes, ¿no se estaría mostrando tan superficial como el joven rico? Éste pensaba que ya había cumplido toda la ley y que lo que ahora necesitaba era algo que fuese más allá de ella.

Continúa: **21a. Jesús lo miró y lo amó.** ¿Qué puede significar esto en la presente situación? Hay dos ideas que requieren algún comentario:

a. Debido a que Marcos usó cierto verbo griego y no otro, el amor que aquí se indica es del más alto grado, “mucho más allá de un mero afecto”. No obstante, véase la nota al pie.

b. El significado es: Jesús sentía amor por este joven. Desde ese mismo instante el Señor comenzó a amarle. Esta posibilidad no se puede negar, pero debemos tener cuidado. De otra manera puede resultar una situación extraña; como si inmediatamente después que este hombre revelara su actitud superficial hacia la santa ley de Dios, Jesús comenzara a amarle!

¿No es mejor preferir la siguiente explicación? Al posar el Señor su mirada en este joven rico, le amó; es decir: a. Le admiró por no haber caído en graves pecados y por haber buscado la mejor fuente para obtener una solución para su problema; y b. le compadeció de forma

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

profunda, triste y apesadumbrada, y decidió recomendarle un curso de acción que, si lo obedecía, sería la solución de su problema y le proporcionaría el descanso que necesitaba su alma.

Después de decir, “Maestro, todas estas cosas las he guardado desde que era niño”, el joven había agregado, “¿qué más me falta?” (Mt. 19:20). Jesús está a punto de responder la pregunta. Sin embargo, aunque su respuesta refleja la fraseología del joven, el Maestro no está en absoluto de acuerdo con su filosofía de la vida. Para el joven, el suplir esta falta era cuestión de *añadir*. Deseaba saber qué obra meritoria tenía que agregar a todas las buenas obras que ya había realizado. Pero para Jesús, completar lo que faltaba era más bien una cuestión de *sustituir* (cf. Gá 2:19–21; Fil. 3:7ss.). Es en ese sentido que Marcos escribe: **21b. “Una cosa te falta”, le dijo, “Ve, vende⁴⁷⁸ todo lo que tienes y da [la ganancia] a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo”.**

Se plantea la pregunta, “¿Pero al instruir Jesús al joven de esta manera, no estaba apoyando la doctrina de la salvación por buenas obras? ¿No debió haberle dicho más bien, ‘Confía en mí’”? La respuesta es que Jesús en realidad estaba diciendo: “Confía totalmente en mí”, porque indudablemente sin una completa confianza y entrega a Aquel que le daba la orden, sería imposible que el joven rico lo vendiera todo y diera la ganancia a los pobres. Esa era la prueba. Si él triunfaba en ella, tendría “tesoros en el cielo”. La referencia es a todas aquellas bendiciones de carácter celestial, que de manera íntegra están reservadas para los hijos de Dios en el cielo, y de las cuales estamos experimentando ya ahora un disfrute anticipado. Para más detalles sobre este concepto, véase en CNT sobre Mateo 6:19, 20. Es importante observar que Jesús añade, **y ven, sígueme**. Este “seguirle” debía ir acompañado por una preparación para un testimonio activo, e incluiría que el joven aprendiese a “negarse a sí mismo y tomar su cruz”, y así no le sería posible dedicarse más al servicio de las riquezas. La respuesta del joven fue trágica. Mostró que el mandamiento de Cristo fue la flecha que le hirió en el talón de Aquiles. Su lugar más vulnerable era el amor a las riquezas terrenales: **22. Pero él, con el rostro abatido por estas palabras, se fue triste, porque tenía muchos bienes.** A causa de la orden de Cristo y del materialismo arraigado en el joven, su rostro se ensombreció. Parecía una nube amenazante (Cf. Mt. 16:3). ¡Tan lleno de entusiasmo que estuvo al comienzo y tan triste y resentido que estaba ahora! Así se aleja, triste y afligido, pensando probablemente, “Esta exigencia no es justa. Ninguno de los otros rabís me habría pedido tanto”.

La demanda que Jesús le hizo a aquel hombre desorientado era lo adecuado para su situación particular y para el estado de su alma. Jesús no le pidió a todos los ricos que hiciesen exactamente igual. El Señor no se lo exigió, por ejemplo, a Abraham (Gn. 13:2), o a José de Arimatea (Mt. 27:57). Existen personas opulentas que, hablando de forma general, viven sólo para sí mismas. La contribución que hacen a las necesidades de otros no guarda ninguna relación con lo que reservan para sí mismos. Hay otras personas que poseen muchos bienes y que, a la inversa, se preocupan grandemente en ayudar a otros, incluyendo a los mezquinos (Gn. 13:7–11; 14:14); y hay quienes que, movidos por la gratitud, están constantemente construyendo altares y llevando ofrendas a Dios (Gn. 12:8; 13:18; 15:10–12; 22:13). El joven rico “tenía muchos bienes”. Los poseía; pero ellos también lo poseían a él, le sujetaban con sus garras firmemente. Se puede ver que aquel joven necesitaba exactamente el trato que Jesús le daba.

¿Persistió permanentemente aquel joven rico en su deplorable resistencia? No se nos ha revelado la respuesta. Algunos razonan así: La Escritura nos dice que Jesús lo amó (Mr. 10:21). Dios ama a los elegidos y a nadie más. Conclusión: este joven tuvo que haberse convertido.

Pero esto equivale a imponerle una idea teológica errónea al texto. Si los que se aferran a esta idea estuvieran de acuerdo con la proposición de que Dios ama *de una forma especial* a todos los que ponen su confianza en él (Sal. 103:13; 1 Jn. 3:1), su enseñanza tendría una base segura. Pero si van más allá de esto y *niegan* que el amor de Dios se extienda *más allá* de la suma total de los elegidos, no podemos apoyar semejantes argumentos (véase Sal. 145:9, 17; Mt. 5:45; Lc. 6:35, 36). Y puesto que lo que decimos es verdad, no existe base alguna para creer que el joven rico hubiera llegado a ser un creyente antes de morir. En lugar de especular acerca de lo que pudo o no pudo haber sucedido, debemos tomar en serio la lección de Lucas 13:23, 24. Esta es la línea que toma el relato de Marcos.

23. Mirando alrededor, Jesús dijo a sus discípulos, “¿Cuán difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!”.

Jesús miró a su alrededor. Aquí hay un detalle realista, como es de esperar en Marcos, el intérprete de Pedro. Imaginemos la escena: el joven rico se ha ido, de modo que Jesús y los Doce están solos de nuevo. Así que, en relación con lo que acaba de suceder, el Maestro desea imprimir profundamente en la mente de ellos: *a.* el significado del estado de tristeza con que el joven partió, y, especialmente, *b.* La dificultad para entrar en el reino de Dios. Si comparamos los versículos 17, 23 con el versículo 26, entrar en el reino significa ser participante de la vida eterna. Significa ser salvo, probablemente con énfasis en la salvación futura: ser participante de la bienaventuranza final en el universo restaurado, y disfrutar las primicias de ello ahora mismo (véase también sobre 9:45, 47; 10:15). ¿Con cuánta dificultad entrarán en este reino los que poseen abundancia de bienes terrenales y persisten en aferrarse a ellos! *Diffícil ...* por cierto (vv. 23, 24); y hasta *imposible* (vv. 25, 27).

24. Los discípulos quedaron asombrados ante estas palabras. En aquellos días había muchas ideas erróneas en cuanto a la prosperidad, las riquezas y la salud, así que no sorprende que aquellos hombres quedasen sorprendidos y perplejos. ¿No había recibido Israel la promesa de que si escuchaba diligentemente la voz del Señor, recibiría abundancia de bendiciones materiales y espirituales? (véase Dt. 28:1–14). ¿No era Dios quien daba las riquezas y el honor (1 Cr. 29:12)? Sin embargo, mucha gente llegaba a la conclusión errónea de que la prosperidad individual era señal de virtud personal y del favor de Dios, y que la adversidad individual era señal de perversidad personal y desagrado de parte de Dios. Los amigos de Job eran de esta opinión: “(El malo) no prosperará, ni durarán sus riquezas” (Job 15:29). “¿Qué inocente se ha perdido?” (4:7; cf. también Job 4:8; 5:2; 8:6, 7; 11:6; 15:20). Según Lucas 13:1–5, es evidente que los contemporáneos de Cristo estaban empapados de esta filosofía. Incluso había infectado el pensamiento de los Doce, según se desprende de Juan 9:1–3. Si hubiesen hecho un estudio más profundo del Antiguo Testamento lo habrían entendido mejor (véanse Sal. 73:12, 18; Jer. 9:23, 24). La enseñanza de Cristo en otros pasajes está en armonía con esto; por ejemplo, su parábola del rico insensato (Lc. 12:16–21) y la del rico y Lázaro (Lc. 16:19–31).

La filosofía errónea de los discípulos explica su asombro al oír que Jesús decía que sería difícil para un rico entrar en el reino de Dios.

Pero Jesús prosiguió y les dijo, “Hijos, ¿Cuán difícil es entrar en el reino de Dios!”. Nótese la tierna introducción “Hijos”. Los ojos del Maestro se llenaron de tierno afecto. Los Doce le

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

eran muy queridos; pero sabía cuán débiles y cuán propensos eran al error. Cf. Sal. 103:13, 14; Mr. 2:5; Lc. 15:31; 16:25; Jn. 13:33; Gá. 4:19; 1 Jn. 2:1, 12, etc.

Cuando Jesús agrega, “Cuán difícil es ...”, acentúa aun más lo dicho anteriormente. Ahora indica a sus discípulos que lo que es válido para el rico es válido también para todos, es decir, que es muy difícil entrar en el reino de Dios.

Si hubiesen escuchado atentamente, se habrían dado cuenta de que lo que Jesús decía ahora no difería esencialmente de lo que había expresado antes en el sermón del monte: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha (es) la puerta y espacioso el camino que conduce a la destrucción, y muchos son los que entran por él. Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mt. 7:13, 14).

¿Es difícil entrar en el reino de Dios? Sí, tan difícil que para un rico será (véase sobre v. 27) incluso imposible; porque, Jesús continúa: **25. Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios.** Por supuesto, es totalmente imposible que un camello logre pasar por el ojo de una aguja. Con todo, siendo eso tan imposible, sería más fácil que esto ocurra que un rico entre en el reino de Dios. Para explicar lo que quiso decir Jesús, es inútil e injustificado el intento de cambiar “camello” por “cable”—véase Mt. 23:24, donde hay referencia a un camello verdadero—o definir el “ojo de una aguja” como la puerta pequeña del muro de una ciudad, una puerta baja, por la cual un camello podría pasar únicamente sobre sus rodillas, y esto después de haberle quitado la carga. Tales “explicaciones” (?), además de ser objetables desde un punto de vista lingüístico, intentan hacer posible lo que Jesús declaró específicamente imposible. El Señor está dando a entender claramente que si un rico quisiera buscar un camino hacia el reino de Dios, con sus propias fuerzas, le sería imposible. ¡Tan poderoso es el control que tienen las riquezas materiales sobre el hombre natural! Está completamente atezado por su encanto embrujador, y ello impide que logre la actitud de mente y corazón necesaria para la entrada al reino de Dios (véase Mt. 6:24; cf. 1 Ti. 6:10). Conviene tener en cuenta que Jesús habla intencionalmente en términos absolutos. Acabamos de usar la frase “con sus propias fuerzas”. Si se tiene en cuenta el versículo 27, no es necesario retractarnos de esta calificación, aunque hay que reconocer que en el versículo 25 Jesús no califica su afirmación de esa manera. Lo cierto es que habla en términos absolutos a fin de imprimir con más fuerza en la mente de los discípulos que la salvación, de principio a fin, no es un “logro” humano. El hecho de que “la imposibilidad del hombre sea la oportunidad de Dios” se reserva para más adelante (véase v. 27).

26. Aún más sorprendidos se decían el uno al otro, “¿Entonces quién podrá ser salvo?”. El asombro de los discípulos, ya evidente después de la declaración de Cristo del versículo 23, aumenta hasta el punto de que estos hombres se hallan completamente perplejos, “aturdidos, confundidos”. El asombro duró probablemente por un tiempo. Los Doce llegaron a la conclusión de que si lo que Jesús decía era verdad, entonces nadie podría salvarse. Para llegar a tal conclusión, probablemente razonaron así: *a.* lo que Jesús dijo acerca de los ricos (v. 23) lo aplicó a todos los hombres (v. 24); y *b.* aunque no todos son ricos, incluso los pobres anhelan ser ricos.

En el versículo 27 se halla una bella y tranquilizadora respuesta: **Fijando los ojos en ellos Jesús dijo: “Para los hombres [esto es] imposible pero no para Dios, porque para Dios todas las cosas son posibles”.**

Al mirar a sus discípulos en aquel momento dramático, los ojos de Jesús estarían llenos de profunda intensidad y tierno amor. Cuando les dijo, “Para los hombres esto es imposible”, quería decir exactamente esto: En cualquier punto de la salvación, al comienzo, en la mitad y al final, el hombre depende completamente de Dios. Por sí mismo, el hombre nada puede hacer. Si en alguna manera ha de ser salvo, debe nacer otra vez o “de lo alto” (Jn. 3:3, 5). Incluso cuando por fe—¡fe que es un don de Dios! (Ef. 2:8)—se acerca a Dios, también para esto necesita la capacitación y apoyo de la omnipotente gracia de Dios, cada día, hora, minuto y segundo. No había lugar para la religiosidad del joven rico, (véanse los vv. 17, 20), que era una religiosidad corriente entre los judíos de aquel día y época. Cualquier cosa que rebaje la soberanía de Dios en la salvación de los hombres ha de ser condenada.

¡Sin embargo, gloria sea a Dios, pues hay una salida! Lo que para los hombres es imposible, para Dios es posible. Para Dios no hay nada imposible. Es él quien nos salva completamente por medio de Cristo (Heb. 7:25). Su gracia se extiende incluso hasta el determinado e implacable perseguidor Saulo de Tarso (Hch. 9:1; 26:9–11; 1 Co. 15:8–10; Gá. 1:15, 16; 1 Ti. 1:15). Jesús ya ha comenzado a revelar cómo, por medio del Mediador, se realiza esta salvación (Mr. 8:31; 9:31). Lo continuará revelando con creciente claridad (véase 10:32–34; especialmente 10:45; 14:22–24).

Pedro todavía estaba pensando en las palabras que el Maestro dirigió al joven rico (véase v. 21). Jesús le había dicho que vendiera todo lo que tenía y que diera la ganancia a los pobres, prometiéndole que si hacía esto tendría tesoros en el cielo.

Así que el relato continúa: **28. Pedro comenzó a decirle, “Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”**. Según Mateo 19:27, Pedro añadió, “¿Qué, pues tendremos?”. ¿No habían hecho los Doce exactamente lo que Jesús había pedido al joven rico que hiciera? ¿No lo habían “dejado todo” y seguido a Jesús? La respuesta, entonces, parecería obvia: que los Doce tendrían tesoros en el cielo. Sin embargo, Pedro no parece haber estado enteramente seguro de esto, porque el Maestro había declarado también que para los hombres es imposible salvarse a sí mismos, y que es sólo Dios quien imparte la salvación (vv. 23–25, 27).

Pedro y los otros discípulos recibieron a continuación una respuesta muy consoladora y alentadora (vv. 29, 30) seguida de una advertencia (v. 31):

29, 30. Jesús respondió, “Os declaro solemnemente, no hay ninguno que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos por causa de mí y por causa del evangelio, que no recibirá cien veces más; ahora en este tiempo: casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y campos, junto con persecuciones; y en la era venidera la vida eterna”.

Por supuesto, esta promesa es para todos los verdaderos seguidores del Señor (cf. Mt. 19:29). No es (como Mt. 19:28) una promesa sólo para los Doce. Es para todos los que han elegido a Cristo por encima de todo lo demás, incluso sobre sus más queridos familiares y más queridas posesiones. Han hecho un sacrificio, dice Jesús, “por causa de mí y por causa del evangelio”, que significa: motivados por el amor a mí y a mi mensaje de salvación.

A estos leales seguidores del Señor se les promete “cien veces más”, es decir, se les reintegrará “muchas veces más” (Lc. 18:30). Tocante a “cien veces más”, véase también Gn. 26:12 y Mt. 13:8. Los creyentes que ahora (cf. Lc. 18:30) viven antes del gran día del juicio, y los creyente antes de su muerte, todos reciben las bendiciones indicadas en pasajes tales como Pr. 15:16; 16:8; Mt. 7:7; Jn. 17:3; Ro. 8:26–39; Fil. 4:7; 1 Ti. 6:6; Heb. 6:19, 20; 10:34; 1 P. 1:8. A pesar de las persecuciones que tendrán que soportar, están en condiciones de disfrutar sus

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

posesiones materiales (casas o ... campos) mucho mejor que los impíos. ¿La razón? Véase Is. 26:3; contrástese con 48:22. ¿Ha sido necesario dejar familiares queridos por causa de Cristo y del evangelio? Tendrán ahora nuevos “familiares” (Mt. 12:46–50; Mr. 3:31–35; Jn. 19:27; Ro. 16:13; 1 Co. 4:15; Gá. 4:19; 1 Ti. 1:2; 5:2; 2 Ti. 2:1; Flm. 10; 1 P. 5:13), “parientes” que pertenecen a “la familia de la fe” (Gá. 6:10), a “la familia del Padre” (Ef. 2:19; 3:15).

En la era venidera los creyentes recibirán la vida eterna (véase sobre el v. 17 y los vv. 9:43, 45). En principio ya la tienen ahora mismo, pero de forma mucho más abundante y en medida siempre creciente, la tendrán en la eternidad. Debe tenerse presente que el concepto “vida eterna” es tanto cuantitativo como cualitativo, con énfasis en lo último. La santidad, el conocimiento, la comunión, la paz, el gozo, etc., son los ingredientes que pertenecen a la vida de todos los que están en Cristo y para ellos es una vida que durará sin fin, para siempre jamás.

31. Pero muchos que son primeros serán postreros, y [muchos] postreros, primeros.

Cuando Pedro dijo, “Mira, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido ¿qué pues tendremos?” (Mr. 10:28; cf. Mt. 19:27), ¿fue su pregunta el resultado de una santa curiosidad o, en cierta manera, de un espíritu mercantilista? Es muy interesante la variedad de opiniones con la que los expositores que han intentado responder a esta pregunta. Algunos, en su celo por defender a Pedro contra cualquier acusación, van hasta el extremo de decir que los que desconfían de los motivos de Pedro están juzgando a otros por sus propias normas éticas. Otros van al extremo opuesto, afirman que es imposible explicar lo dicho por Cristo aquí en Marcos 10:31 y también en la parábola de Mateo 20:1–16, a menos que se tomen en cuenta los motivos mundanos de Pedro. Quizás el mejor procedimiento sea el siguiente: Una persona es inocente hasta que se pruebe lo contrario sin lugar a duda. En consecuencia, no tenemos derecho de acusar aquí a Pedro de nada malo. Por otro lado, aunque su pregunta haya tenido motivos nobles, también es verdad que podría haber ocasionado la advertencia del versículo que estamos a punto de considerar. Es posible que Jesús quisiera decir algo así: “Pedro, la pregunta que haces, ‘¿Qué, pues tendremos?’ es correcta y apropiada. Sin embargo, siendo como es tan fácil caer en el error de esperar una recompensa basada en supuestos méritos, debo advertirte, no sea que recibas una sorpresa imprevista”. Además, ¿no existe la posibilidad de que la innegable actitud mercantilista del joven rico (v. 17) pudiese haber hecho que Jesús pronunciara una necesaria advertencia?

En cuanto a la expresión misma, nos hace recordar las palabras que Jehová dijo a Samuel, “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 S. 16:7). Los “primeros” son los que por causa de su riqueza, educación, posición, prestigio, talentos, etc. son muy estimados por los hombres en general, a veces aun por los hijos de Dios. Pero dado que Dios ve y conoce el corazón, a muchas de estas personas poderosas les asigna una posición más baja que a otras; en realidad, incluso pueden quedar totalmente excluidas de las mansiones de gloria. Cf. Mt. 7:21–23.

No parece que Jesús quisiera decir que todos los que “serán postreros” se perderán o quedarán fuera del reino. No sólo el infierno tiene grados de sufrimiento (Lc. 12:47, 48), el universo restaurado también tiene grados de gloria (1 Co. 15:41, 42). Habrá sorpresas, no obstante. No sólo serán “postreros” muchos de los que ahora se les considera como verdaderas columnas de la iglesia, sino que también habrá muchos que nunca alcanzaron fama y que serán primeros en el día del juicio—piénsese en la viuda pobre que contribuyó con “dos monedas de cobre” (Mr. 12:42), y María de Betania cuyo acto de amorosa

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

prodigalidad fue abiertamente criticado por los discípulos (Mt. 26:8; Mr. 12:43, 44; cf. Mt. 26:10-13) ;Que tomen nota de esto los discípulos que siempre estaban disputando acerca de los rangos (Mr. 9:33ss.; Mt. 18:1ss.; 20:20; Lc. 22:24)!